Ahora bien ¿quién de vosotros pone en duda, que Cristo sea en sí mismo la belleza absoluta? Acaba de decirnos el Sr. D. Quintiliano Sánchez que Cristo es el *principio, medio y fin de todas las cosas*. Perfectamente. Cristo es Verbo del Padre, y como tal es causa ejemplar y causa eficiente de la creación y conservación de todas las criaturas. "Oh Dios hermoso sobre toda hermosura, canta Boecio en el libro de sus "Consolaciones filosóficas", cual llevas escondido en la mente el mundo hermoso, y formas cuanto existe ajustándolo al tipo concebido en los esplendores de tu gloria:—

"Tu cuncta superno
Ducis ab exemplo pulchrum pulcherrimus ipse,
Mundum mente gerens, similique ab imagine
formans".

Cristo, el Verbo del Padre, es la causa eficiente de todas las cosas: *omnia per ipsum facta sunt.* Y perdóneme el nuevo académico: sólo en una cosa no estoy con él, porque me tira más San Juan de la Cruz. Dijo poéticamente el Sr. Sánchez: "la rosa, y el clavel, y el jazmín *han dado* sus colores al rostro de Jesús...." Pregunté con el poeta del amor al jazmín, clavel y rosa dónde estaba Jesús y respondiéronme:

"Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura...."

Sí: Cristo es la pompa de las flores de un día, como es el esplendor de los astros eternos, la intuición profunda del querube y el inextinguible ardor del serafín. Las criaturas reciben y no dan.

Cristo es en fin corona de las cosas. Mas si como *principio* es bondad suma, y como *fin* justicia sempiterna, como *medio* es belleza absoluta. Por esto y para esto es Cristo hermoso y lindo sobre toda lindeza y hermosura, para ejercer en el mundo angélico y humano un poder de atracción irresistible. La belleza de Cristo es el arma de su amor en el combate y la corona de triunfo en la victoria. Cristo es el esplendor absoluto de todos los contrastes humanos y divinos en el orden sobrenatural.

Esplendor y contraste en su Persona. Contempladle en el pesebre! Nace á media noche, tirita de frío, llora...., pero brilla en las tinieblas y sus ojuelos despiden furtivamente mil rayos de gloria que van á condensarse en nueva estrella para llamar á su adoración los sabios del oriente, y en claridad misteriosa que inunda de alegría el pobre corazón de los pastores. Y, oh contraste divino! el gemir del Niño Dios y el cantar de los ángeles!!!

Contempladle en el Tabor! Ah, el Tabor es el paraíso. Allí las personas divinas: el Padre en la voz, el Hijo en la luz, el Espíritu Santo en la nube. Allí la ley, la Profecía, el Evangelio; de la ley Moisés, de los profetas Elías, del Evangelio tres Apóstoles. De los vivos, éstos; de los muertos Moisés, de los inmortales Elías. En gloria el Verbo hecho carne habla con Moisés y Elías de su pasión ignominiosa: y en éxtasis de amor arrebatados hasta el cielo los Apóstoles, envuelven sus rostros en los mantos y abaten hasta el polvo la frente iluminada por las reverberaciones de la divinidad!!!

Contempladle en el Calvario! ¿Qué puede aquí decir la lengua del mortal cuando calla moribundo el Verbo eterno! Ah, Señores, el silencio de la víctima en medio de las vociferaciones y blasfemias de los victimarios es el grito de horror á los deicidas. El cerrar de sus ojos y el exhalar de su postrer aliento es la extinción de la luz en los cielos y las últimas agonías de la tierra envuelta en las tinieblas del infierno. Y la muerte oprobiosa de Dios en esa humanidad desgarrada, si á primera vista parece victoria momentánea de la crueldad del hombre, en realidad es triunfo y triunfo sempiterno del amor divino. De este modo la imagen del dolor más sublime, el Crucifijo, es el tipo de las más atrevidas concepciones del genio, y el centro de atracción universal donde se derrite llorando el cozón vencido de la caridad.

Señores, para no fatigar vuestra atención voy sintetizando á toda prisa, y digo que Cristo, esplendor y contraste en su persona, lo es también en su misión, en su fe y en su doctrina.

¿A qué vino ÉL á la tierra? Vino á perder á muchos y salvar á no pocos:—*Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum.* Ruina de muchos y resurrección de no pocos, hé aquí el contraste esplendoroso de la historia

del catolicismo y el nudo y desenlace del drama de los siglos.

¿Qué os diré de la fe? Ella cautiva nuestro entendimiento y le eleva á una esfera misteriosa de sombras y de enigmas á donde, sin penetrar la evidencia, ha llevado la certeza su trono. Mas, ¡oh dichoso cautiverio, oh sombras y enigmas refulgentes! En él mi razón es libre y á pesar de sus cadenas de oro, bate el vuelo generoso hasta el empíreo: en éstas dilátanse sin fin los horizontes de la ciencia donde difunde rayos apacibles la aurora misma de la eternidad. Creo y soy más sabio que todos los filósofos del paganismo; creo, y soy más libre que todos los demagogos del mundo.

No de otro modo la doctrina de Cristo es una perpetua, luminosa antítesis. Ella nos descubre en el oro un peligro y en la pobreza de espíritu el secreto de la dicha; ensalza al humilde, abate al soberbio; promete corona de gloria al que es víctima voluntaria ó resignada del dolor, y viste con manto de ignominia al que es mísero esclavo del placer. Y, cosa por cierto sorprendente, Jesucristo, Sabiduría Encarnada, que vino á la tierra para revelarnos los misterios de Dios en sus relaciones con el mundo moral, no nos habló sino con parábolas, la mayor parte de las cuales redúcense á antítesis igualmente luminosas. ¿Véis en el hogar doméstico toda la ternura y generosidad de un padre amorosísimo luchando con la ingratitud de un joven derrochador y libertino? Es la parábola del Hijo Pródigo. ¿Véis en el palacio espléndido la indolencia y crueldad voluptuosa, vestida de oro y púrpura, cerrando el oído á lastimeros ayes y la mano á la súplica del dolor desnudo y ulcerado, que yace moribundo en los mármoles del atrio? Es la parábola del Epulón y Lázaro. ¿Oís en el interior del templo el elogio que en jactancioso ruego teje de sí mismo el hipócrita, y la palabra humilde que allá en la puerta murmura el arrepentimiento hiriendo el pecho, sin atreverse á levantar los ojos al cielo? Es la parábola del Fariseo y el Publicano.

Véis ya, Señores, cómo es Cristo el esplendor divino de eternos contrastes en su persona, en su misión, en su fe y en su doctrina. Él es la Belleza absoluta y por tanto su tipo subsistente.—*Veni, Domine Jesu*, diré con el Profeta Evangelista de Patmos: ven, Señor Jesús, y embiste mi inteligencia toda con los rayos de tu luz encantadora; ven, Señor Jesús, y deshace mi corazón en las ascuas del tuyo:—*Veni, Domine Jesu!!!*

III

La Iglesia en sus relaciones con la belleza es la fuente fecundísima é inagotable de las más hermosas y sublimes inspiraciones del poeta al través de todos los tiempos y en la prolongación incomprensible de los siglos eternos. Esta es la segunda proposición que debo demostraros.

Afirmo desde luego que la Iglesia es eterna. Si no contara más que los mil ochocientos ochenta y siete años desde la Encarnación del Verbo Divino, la Iglesia sería muy niña. Pero nó: es antiquísima y venerabilísima. Nació en el paraíso antes, mucho antes que todos los imperios y reinos; salvóse sobre las aguas del diluvio en las cumbres del Ararat; resonó majestuosa en la cima iluminada del Sinaí y salió del Cenáculo en lenguas de fuego para enseñorearse del mundo. Ley natural, ley mosaica y ley de gracia no explican sino el progreso lento de la sociedad religiosa, la cual, si verdadera, no puede ser más que una, puesto que fundada en la inmutabilidad misma de Dios y en la identidad de la naturaleza humana. Este sólo carácter de antigüedad y perpetuidad de la Iglesia le asegura el derecho al magisterio universal de la verdad, del bien, de la belleza; por la sencilla razón de que no son los niños quienes deben enseñar á los viejos, sino al revés, los viejos á los niños. Dirame acaso el joven: *laudator temporis acti:* —Pues, Señores, yo no he de moverme de mi puesto; porque yo venero lo pasado, como lo veneran todos mis semejantes. Observad una cosa, no hay siglo más satifecho de sí mismo que el siglo XIX; y sinembargo el siglo XIX está rindiendo á la antigüedad una especie de culto. Geólogos, arqueólogos, egiptólogos, asiriólogos, críticos del siglo XIX, ¿qué hacéis para dar nueva gloria á las conquistas de la ciencia? Rovolvéis en fatiga incesante los orígenes de las cosas, y los orígenes de las cosas son muy antiguos. Dais, pues, culto á la antigüedad, y os reputáis más sabios cuanto más la conocéis.

¿Y de qué dependerá este amor, respeto y veneración como religiosa de todo lo pasado? Creo que en esto intervienen dos elementos que se apoyan entre sí; fantástico el uno y el otro muy racional. En virtud del primero acaece que el más remoto pasado proyecta en nuestra imaginación, sobre lo presente, sombras más extensas y por lo mis-

mo más imponentes; y nosotros envueltos en ella fantaseamos del pasado grandes cosas y grandes misterios. En virtud del segundo nos persuadimos, especialmente en el orden humano, de que á proporción que nos remontamos más y más al origen de las cosas, tenemos por fuerza que hallar á Dios. De donde inferimos que lo más antiguo está más cerca de Dios como de su principio; y que lo primero debió ser, á lo menos en su germen, lo más perfecto, como estreno primoroso de la omnipotencia y sabiduría infinitas.

Siendo esto así, ¿qué respeto, acatamiento y amor no nos merece esta institución divina, esa sociedad primitiva del hombre con Dios, en una palabra, la Iglesia considerada tan sólo en su antigüedad veneranda? Nada debe ella á la historia, porque es testigo ocular de los siglos; nada debe ella á la ciencia, porque se mueve en la región espléndida y sublime de la fe, la cual señala con su dedo divino á la razón humana el único derrotero de la verdad. Nada debe, Señores, á la poesía del politeísmo, porque cantó antes que él y mejor que él: cantó en el paraíso, delante del Señor, con inspiración del Verbo eterno, con lengua regalada de Dios y al són de las arpas y liras angélicas. ¡Qué inspiración, qué lengua, qué instrumentos! Señores, acabemos: no hay tal Apolo, ni tales nueve hermanas, ni ese cortejo infame de dioses fingidos, ni esos néctares ni ambrosías voluptuosamente embriagadores. La poesía del politeísmo no es sino una triste rapsodia ó una adulteración vergonzosa de la poesía de la Iglesia. El Sr. D. Quintiliano Sánchez, movido del mismo espíritu que anima á los Sres. Honorato Vázquez, Carlos Tobar y Roberto Espinosa, nos lo ha demostrado á maravilla en su discurso; yo se lo agradezco muy de corazón, porque esas lecciones prácticas, confío en Dios, han de dar á nuestra literatura nacional y á esta *católica* Academia Ecuatoriana Correspondiente de la *católica* Real Española, una dirección y carácter exclusivamente *católicos*, como lo es nuestro pueblo.

Mas ya que he formulado de una manera tan cruda mi proposición contra la poesía del politeísmo, permitidme que la corrobore con dos pruebas histórico-científicas.

Mucho se alaba á Homero como al padre de la epopeya, aunque nadie ignora que Platón en su libro sobre la República quiere que absolutamente se proscriba de ella á Homero por cuanto, dice el filósofo, falsea las ideas que

debe tener el hombre de la divinidad. Está muy bien; pero pregunto; ¿y será Homero el verdadero padre de la poesía épica? Pues no tal. Setecientos años antes de Jesucristo, Assurbanipal, Rey de Nínive, hizo sacar para su biblioteca una copia en escritura cuneiforme de un poeta épico, mil años antes escrito en la antiquísima ciudad caldea de Erech. Figuran en él, como personaje principal, Izdubar, y como secundarios Heabani, víctima de las iras de una diosa Istaar, y un hombre piadoso, milagrosamente salvado del diluvio, el cual había obtenido de los dioses el privilegio de la inmortalidad, por nombre Hasisadra. Según Beroso, historiador caldeo, citado por Eusebio de Cesarea, el poema era perfecto. Cantábanse en él las hazañas de Izdubar, como las de Aquiles en la Ilíada, y se mezclaban hermosos episodios sobre Heabani y Hasisadra. En nuestros días los asiriólogos europeos han descubierto la tabla de dicha escritura cuneiforme de Assurbanipal, y merced al perseverante esfuerzo y sagacidad portentosa de observaciones y estudios comparativos han logrado interpretar fidelísimamente la escritura cuneiforme de las tablas halladas, las cuales contienen un episodio hermosísimo del diluvio universal que, salvas pocas ficciones del politeísmo, coinciden perfectamente con el relato genesíaco, como lo demuestra Vigouroux en sus "Estudios Bíblicos". De aquí se desprenden dos consecuencias importantes:—primera, que el original del poema de Izdubar se escribió por lo menos diez y siete siglos antes de Jesucristo, es decir, según la cronología común, en los primeros tiempos después del diluvio; y como la civilización de los asirios, caldeos, egipcios y babilonios es harto anterior á la de los griegos, claro es que éstos recibieron de aquellos los gérmenes de su literatura, como Homero recibiólos del poeta de Erech, ó de algún otro más antiguo todavía. Segunda consecuencia: si se examina el poema de Izdubar, se echa de ver que cuanto en él puso el politeísmo de propia cosecha es falso, absurdo, indigno de Dios y del hombre; y lo que conservó del monoteísmo, de la divina revelación, de las tradiciones primitivas de la Iglesia es lo verdadero, lo bueno, lo hermoso y digno de Dios y de la razón no esclava de las pasiones.

Pero consideremos la poesía en sus relaciones con la Iglesia en los diez y nueve siglos que llevamos de la ley de gracia. Pues digo que las más altas y hermosas concepciones de la poesía cristiana están tomadas del genio é

inspiración de los cinco primeros siglos, desde el sencillo género pastoral hasta la epopeya inclusive. En efecto, no ignoráis, Señores, que además de los cuatro Evangelios incluídos en el canon de las Divinas Escrituras, existen muchos otros evangelios apócrifos. Fabricio contaba de ellos cincuenta, si bien Tischendorf halos más tarde reducido á siete; á saber:—la Historia de José el carpintero, el Evangelio de la Infancia, el Proto-Evangelio de Santiago el menor, el Evangelio de Tomás Israelita, el de la Natividad de María, la Historia del Nacimiento de María y de la infancia del Salvador y el Evangelio de Nicodemus.

Estos monumentos, aunque en el juicio infalible de la Iglesia son apócrifos, esto es, de autores supuestos y destituídos de todo valor doctrinal; sin embargo considerados literariamente y en cuanto suponen como base los cuatro evangelios canónicos y muchas tradiciones populares, prueban de un modo incontestable mi proposición. Estos evangelios son la poesía renaciente de la Iglesia; están llenos de bellezas literarias que popularizadas en la edad media, dieron origen al romance. ¿Qué cosa, por ejemplo, más tierna y sentimental que aquella elegía del Proto-Evangelio de Santiago el menor puesta en labios de la Santa Madre de María? Son las nueve de la mañana, celébrase en el templo de Jerusalén una fiesta del Señor, á la cual no puede asistir, porque teme que las hijas de Israel se burlen de su esterilidad. Baja, pues, entristecida al jardín, siéntase á la sombra de un laurel y dice al Señor:—"Dios de mis padres, escuchad mi plegaria y bendecidme, como bendijisteis á Sara á quien hicisteis madre...." Levanta los ojos al ramaje y viendo un nido de avecillas, prosigue sollozando:—"Ay Dios, ¿con quién habré de compararme? ¿Por qué nací para ser oprobio y maldición de las hijas de Israel? Desprécianme ellas, y me ultrajan, y lánzanme del templo del Señor Dios mío. ¿Con quién habré de compararme? No puedo compararme con las aves del cielo, porque las aves del cielo son fecundas delante de Vos, Señor.—No puedo compararme con los animales de la tierra, porque los animales son fecundos delante de Vos, Señor.—No puedo compararme con los ríos y la mar, porque ni mares, ni ríos son estériles, y sus aguas, ya en calma, ya en tormenta, bullen en plateados peces que á su modo entonan alabanzas al Señor...." ¿No os parece esto muy patético y hermoso?

Escuchad una alegoría de gusto enteramente oriental,

tomada del "Evangelio de la Infancia". En su fuga á Egipto atraviesa la Sagrada Familia el desierto y llega á donde se alza majestuosa una palmera. Siéntase María á su sombra, y quisiera en su cansancio saborear el fruto; mas la elevación del árbol se lo impide. Entonces Jesús manda á la palmera que incline su copa, y el árbol, obediente á la voz inclínase hasta satisfacer el deseo de los augustos peregrinos. Pernoctan allí, y á la mañana, al emprender la nueva jornada, vuélvese Jesús hacia el árbol benéfico y dícele:—"Quiero que uno de tus ramos sea llevado por los ángeles y plantado en el Paraíso de mi Padre: y en premio de tu obediencia, te bendigo y anuncio que de hoy más á los vencedores en combate se dirá:—"alcanzasteis la palma de la victoria". Había hablado Jesús, cuando hé aquí que baja de los cielos un ángel, arranca un ramo de la palma y vuela por la mitad del cielo llevándole en la diestra. Venle los viajeros y caen sobrecogidos de admiración y pasmo. Díceles Jesús "¿por qué teméis? Sabed que esta palma que yo hago trasladar al paraíso, será para los santos en la mansión de las delicias lo que ha sido para vosotros la palmera que dejamos". Esto es también muy bello é ingenioso.

Podría añadir otros ejemplos que se elevan á la altura de la epopeya, mas ¿para qué cansaros? Habéis leído y admirado el *Paraíso perdido* de Milton, la *Messiada* de Klopstock? Pues Klopstock y Milton supieron aprovecharse, en sus más bellos pasajes del Evangelio apócrifo de Nicodemus, como lo manifiesta el sabio Freppel. Digo, pues, si sólo el *desecho* de la Iglesia, que así podemos llamar á los Evangelios apócrifos, creó un nuevo género de literatura en la edad media é inspiró á los épicos de más alto renombre del cristianismo: ¿de qué no habrá sido, es y será capaz la misma Iglesia con su Verbo, con su Esposo Divino que es su propio corazón y cabeza? Siglos que pasasteis, levantáos y deponed en mi favor. Señores, la Iglesia con su Verbo habla todas las lenguas, pulsa todos los instrumentos é inunda en armonías celestiales los ámbitos del mundo. Cuando llora, prorrumpe en elegías que enternecen á sus mismos enemigos; cuando triunfa, entona himnos que regocijan á los mismos vencidos. La Iglesia es la cantora de los siglos, y fuente eterna de inspiración divina, sacia sin hastío nuestra sed de belleza. La Iglesia es la verdadera madre de la poesía verdadera. Sus hijos, dice el libro inspirado, *con su habilidad inventaron*

conciertos musicales y compusieron los cánticos de las Escrituras .... Celebren los pueblos su sabiduría y repítanse sus alabanzas en las asambleas de su posteridad.

Jóvenes, antes de concluir, permitid que hoy, á mi vez, os dirija una palabra amiga, como lo hizo poco ha el Sr. D. Roberto Espinosa. ¿Aspiráis á la gloria de las letras? Reconoced siempre en la Iglesia la fuente fecundísima é inagotable de las más bellas y sublimes inspiraciones. Mirad: tres lumbreras brillan hoy con luz muy apacible en la república literaria:—Menéndez Pelayo allá en España y cerca de nosotros, en Colombia, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo. Hijos son los tres y legítimos descendientes de la fe: no menean ellos las plumas de oro sino bajo la inspiración y enseñanza de la verdad. La sola "Historia de los heterodoxos" prueba mi aserto en favor de ese prodigio de España, de ese abrumador Menéndez Pelayo, de ese Sol sin oriente, porque resplandeció desde niño en su cenit. ¿Qué diré de Miguel Antonio Caro, de Rufino José Cuervo? Ah Señores, guardo de ellos en el corazón indeleble, gratísima memoria, porque los conocí personalmente. ¿Sabéis sobre qué pedestal se asienta el obelisco que ha levantado á su indisputable mérito la fama? Asidua y penosa labor, estudio grave y profundo de lo más útil y dificultoso, ahinco y tesón imperturbables en llevar adelante arduas empresas: hé ahí la base de su gloria y el principio fecundo de las obras por todo extremo provechosas con que han enriquecido las letras patrias. Leedlas, y echaréis de ver que sus autores, persuadidos de que nada enerva más el vigor intelectual que una condescendencia exagerada con la imaginación y el sentimiento, se negaron constantes á hacer excursiones ociosas por esos campos desolados de frívolas literaturas, y consagraron toda su juventud á la severa disciplina de los grandes maestros. Desde niños indagaron como sabios la sabiduría de los antiguos y estudiaron los profetas. Recogieron en su corazón las explicaciones de los hombres preclaros, y penetraron asimismo las agudezas de las parábolas. Sacaron el sentido oculto de los proverbios, y se ocuparon en el estudio de las alegorías y de los enigmas. Muy por la mañana dirigieron su corazón al Señor que los crió, y se pusieron en oración en presencia del Altísimo. Por esto llenólos el Señor del espíritu de inteligencia, y derramó sobre ellos, como lluvia, máximas de su sabiduría. Expusieron la doctrina que habían aprendido, y alcanzaron la gloria que celebrarán muchos, porque su memoria jamás será olvidada ....

¡Ah! quién me diera, oh jóvenes, poder decir de muchos de vosotros lo que en justicia digo de Pelayo, Caro y Cuervo, tres nombres, tres glorias purísimas de la literatura contemporánea de España y América; Madre é Hija que nunca se estrecharán de verás, sino á la sombra de la Cruz, y cobijadas por el regio manto de las Esposa de Cristo.

FIN